

otorgarnos servidumbre o libertad: la vuelve, pues, hacia el terreno de la relación con los otros y afirma, una vez más, el valor de pertenecerse, de no hacer de lo necesario la determinación de mi comportamiento. Montaigne es sensato, sabe que, hoy o mañana, ha de morir, por eso lo asume con el fin de no entregar ese poder a los otros en contra de sí mismo. Eso es lo que hace Zenón, en *Opus Nigrum* (Yourcenar había leído bien a Montaigne) darse muerte antes de que lo maten al amanecer, para así pertenecerse, para afirmar, frente a la vesania del poder de los otros, la libertad propia.

Montaigne fue epicúreo. Le parecía que «el último fin de nuestra vida es el deleite»; el placer le parecía bueno. Aunque su pensamiento nacía de la carencia, prefería la actitud de Demócrito a la de Heráclito ante la insuficiencia: reír, o mejor, pensar, construir desde la limitación. Exaltó la amistad, la mesa y el lecho; ¿qué más se le puede pedir a este sabio? Tal vez lo que pensaba Eurípides, tan carente en los filósofos de nuestro siglo, pero presente en Montaigne: «Detesto al sabio que no lo es para sí mismo».

## 5 de septiembre de 1993

*La crisis del sujeto.* Una de las características intelectuales de la segunda mitad de nuestro siglo es la del congreso: nunca hubo tantos, de tan variadas disciplinas y simultaneidad. Congresos con o sin público, seminarios, encuentros, reuniones, con dietas, exiguas o eximias, *e tutto quanto*. Mientras iba en el avión desde Madrid a Santander (a un congreso, obvio) pensaba en algunos de los «ponentes» que no conocía y que pronto iba a conocer en el Palacio de la Magdalena, bajo el arco conceptual de *La crisis del sujeto*. Durante un mes había pensado todos los días en la necesidad de la crisis para entender al sujeto, y no veía amigo o desconocido que no fuera sujeto de la crisis. Finalmente, el congreso se iba a realizar y de esta manera podría descansar de esta obsesión sumergiéndome en una catarsis hecha de mesas redondas y conferencias, de diálogos con el amable —*semblable, hypocrite*— público y con respuestas a la televisión y a la radio donde, como el escrutinio de las elecciones, daríamos los resultados de nuestro concilio magdaleniense.

El palacio de la Magdalena es un edificio de principio de siglo, construido para la madre de Alfonso XIII y situado en un pequeño istmo de la bahía de Santander. Como la Magdalena de Proust, ésta se hunde también, pero no en una taza de té sino en las aguas agitadas del Atlántico. Los primeros en llegar, Héctor Subirats, Jorge Lozano y quien esto escribe, se lanzaron a una buena cena en la ciudad, en un restaurante que, aunque

no estaba en crisis, se llamaba *La Bombi*. Inevitablemente se habló de lo que haríamos al día siguiente, de Roma, México y San Sebastián, ciudad, esta última, donde el director del curso, Fernando Savater (codirigido por Subirats) se hacía el remolón sobre un sillón Voltaire mientras, dando sentido al título del congreso, ultimaba un *Yo, Voltaire*<sup>\*</sup>. Hijos ambos de padres notarios, anticlericales, polígrafos y polemizantes, sus nombres riman. El primero escapó al nombre familiar inventando uno nuevo, sillón giratorio; hecho de viento, placer e inteligencia; el segundo, el escritor madrileño, anuló el apellido paterno y se desplazó al materno: de esta manera, lacanianamente, parece decirnos que, aunque su lengua literaria es mundana, el fondo de su meditación es una acentuación de esas experiencias primeras en las que el placer estaba acogido por el calor y protección maternos. No dije nada al saber lo de *Yo, Voltaire*, pero tal era el sentido de lo que iba a decir en mi intervención: la posibilidad que nos dan los lenguajes creativos —concretamente la literatura— para ser otros. Prudentes, nos fuimos a palacio a buena hora, pero cuando tratábamos de acertar con las retorcidas llaves en las cerraduras de nuestros cuartos, una voz vasca bien timbrada y cordial nos interrumpió al grito de «¡no podéis hacer eso!, ¡no podéis!». Jon Juaristi, que andaba por allí para intervenir en un congreso *demos versus ethnos*, no parecía poder encontrar la puerta de entrada a su cuarto, pero sí sabía dónde encontrar un pub para celebrar el encuentro con algún whisky. Del palacio a la muralla, del *subjectus* al *demos*, y de Scila a Caribdis, pero en buena compañía.

Demacrados y al alba, pero no sin elegancia, ante un aula repleta de sujetos ávidos de crisis, a la búsqueda y captura de «identidades de la acción y la pasión», nos hallamos los tres, en un tic de ser temías de la crisis. Pero no fue así. Lozano, como buen semiólogo que es, dijo y estuvo a punto de demostrar, que el sujeto es un momento del texto, un momento del lenguaje. Por ello había titulado su ponencia «El sujeto syn-táctico». Acabada su intervención hubo revuelo entre el alumnado, convirtiéndose en un hayal de manos alzadas que Subirats hizo bajar escogiendo a una entre todas. «¿Pero dónde estaba el sujeto antes de ser un momento del texto? Yo creo que hay un sujeto previo». Preguntaron y afirmaron desde el público. Lozano, conocedor de su tema, se lanzó a una larga explicación desde Peirce hasta su amigo y admirado Umberto Eco, que si no convenció del todo, fue al menos contundente, hizo a los alumnos apuntar como descosidos y dejó en el aire la sensación, que iba a ser tónica del seminario, de que eso del sujeto no se dice fácilmente. Yo leí mi intervención, «Sujeto y creación poética» al amparo de Borges y Octavio Paz, con alguna cala en Heidegger, Buber e incluso en Suzuki. No fue una respuesta disciplinar sino más bien la reflexión de alguien que viene de la poesía y que le gusta

\* Luego rebautizado El jardín de las dudas.

volver a ella. Quise echar una mano a Lozano, y dije de pasada que «el sujeto es temporal y que en ese sentido quizá no sea más que un momento del débil —aunque poderoso— instante en el que el mundo se apoya. No hay sujeto previo al tiempo, como no hay instante previo a él. El sujeto aparece y, cuando lo vamos a captar, se desvanece. ¿Es un momento del lenguaje? ¿Es un momento de la percepción? Lo que estoy seguro es de que es un momento, tan inasible como lo que llamamos presente». Aunque vi alguna expresión más o menos grata, la confusión creció y el sujeto comenzó a ser vapuleado entre previo y localista, entre empírico y absoluto. Llegó la hora de irnos a comer mientras dejábamos girones de sujetos por todas partes, como si lo hubiéramos sometido a una suerte de carnaval sadiano: un poco de filosofía, algo de tocador, y una no menor porción de irrealidad.

El seminario prometía. Allí iba a haber sujeto para rato, aunque debo aclarar que un cierto número del alumnado se removía y pronto supimos la causa: el seminario había salido en principio anunciado como «muerte del sujeto» y no como «crisis», adjetivo menos contundente, pero más bélico, porque un sujeto muerto da poco juego. Distinto hubiera sido titular el seminario «muerte *al* sujeto», pero las erratas no llegaron a tanto. Así que teníamos una alumna, por poner sólo un ejemplo, que andaba haciendo su tesis sobre las esquelas funerarias y lo que vio en la primera mañana le dio a entender que más que presentar el cadáver sujetado del sujeto, estábamos interesados en una resurrección múltiple, polimorfa y perversa del mismo, escurridizo y súcubo, sintáctico pero habilidoso. Yo creo que, ya por la tarde, todos nos quedamos con las ganas de ver aparecer algo de sujeto, cuando el profesor Franco Bianco, asistido por la traducción improvisada pero eficaz de Lozano (el sujeto traductor no llegó a tiempo) versó sobre «Ermeneutica del testo e comprensione dell'agire», deudor y ligeramente rectificador de su maestro Ricoeur. Su exposición fue rigurosa, pero no encontramos crisis suficiente donde hincarle el diente; además, Bianco tenía una obsesión (en dos partes): las cuevas de Altamira y los toros. Nos interrogaba con una curiosidad antropológica, propia de alguien que va de Nueva York directamente a una tribu de bororo. Clavando sus pupilas en Lozano, le preguntó: «Dígame, profesor Lozano ¿de dónde viene esta costumbre de los toros en España?» «Ya sabe, Teseo y todo lo demás», respondió Jorge mirándolo taurinamente.

Terminada la jornada, soportablemente crítica, caímos por el bar donde nos encontramos con más ponentes, Giacomo Marramao, Ángel González (el crítico de arte) y su mujer, María Vela, perita en fugacidades (o la belleza de la moda). Por otro lado, ¿no es la poesía una erudición de fugacidades con voluntad de permanencia? La noche nos arrastró bajo una fina